

Consideraciones estratégicas de la Guerra de la Independencia 1808-14



El coronel Francisco de Longa al frente de su división en la batalla de Vitoria (Ferrer Dalmau)

José Pardo de Santayana
Coronel
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

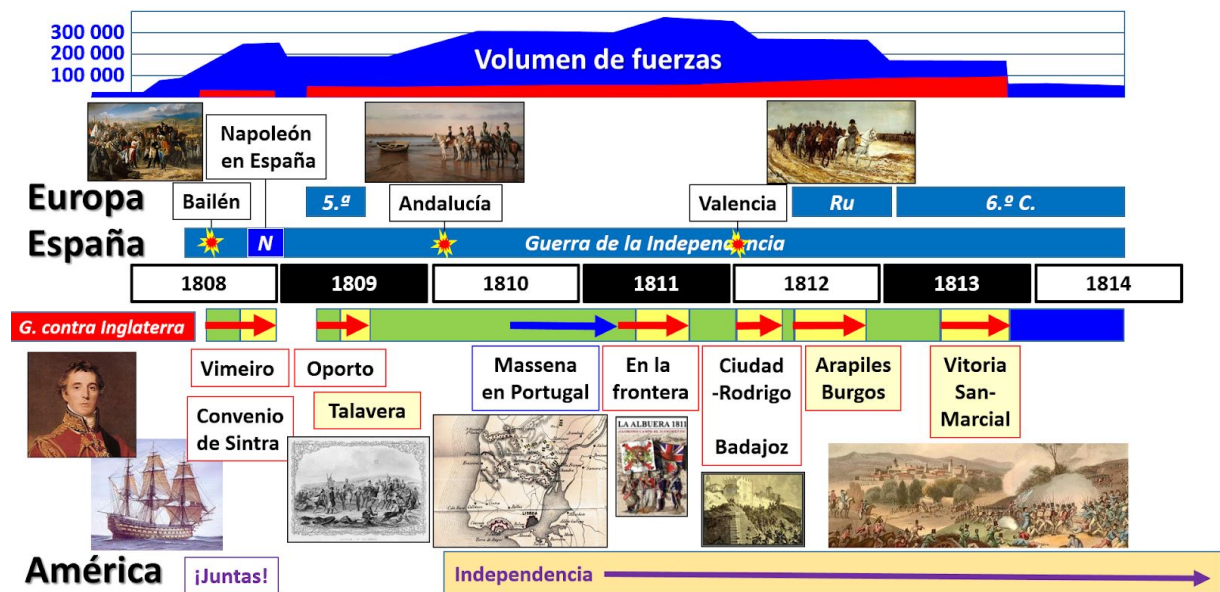
Para abordar las cuestiones estratégicas de la Guerra de la Independencia hay que partir de que las guerras napoleónicas en su conjunto constituyeron un sistema estratégico y que la victoria sobre Napoleón no se dio en ninguno de los teatros particulares sino en el sistema como conjunto. El Emperador de los Franceses demostró sobradamente que tenía una capacidad asombrosa para movilizar recursos humanos, materiales y morales en favor de sus designios de poder. Únicamente las acciones combinadas de un esfuerzo sostenido de muchas

naciones a la vez pudieron doblegar al “Gran Corso”. De ello se deduce que lo esencial para abordar la lógica estratégica de la Francesada es entender como aquella enconada contienda influyó en el juego global de las sucesivas coaliciones contra el imperio napoleónico.

A mediados de 1807, después del tratado de Tilsit y de las dos exitosas campañas de 1805 y 1806-07, el Emperador se encontraba en el apogeo de su poder. Las derrotas reiteradas de sus oponentes les había sumido en la convicción de que no era posible obtener una victoria militar frente al vendaval napoleónico. El zar Alejandro I había cerrado una alianza con Napoleón contra Gran Bretaña con quien Rusia mantenía importantes disputas geopolíticas. Mientras hubiera entendimiento estratégico entre París y Moscú toda coalición partiría de una posición de debilidad relativa dado que el Emperador de los Franceses dominaba la mayor parte de la Europa continental.

Gran Bretaña había quedado bastante aislada, así como desacreditada como consecuencia de haberse apoderado de la flota de Dinamarca –un país neutral– para que aquella no pudiera caer en manos de Napoleón.

Desde una formidable posición de poder, convencido de que sería una empresa fácil y con los antecedentes de haber manejado y manipulado los asuntos de muchas naciones europeas a su antojo, Bonaparte decidió traicionar su alianza con España e incorporar la monarquía Española a su imperio, con todas las ventajas que de ahí podría obtener; fundamentalmente: su posición geográfica entre el Atlántico y el Mediterráneo, su imperio ultramarino y su experimentada Armada.



Cronograma de la Guerra de la Independencia

La facilidad con la que se hizo con el control de Portugal a finales de 1807 y la ignominiosa crisis política por la que estaba pasando la monarquía Española a principios de 1808 parecían facilitar aún más las cosas. Finalmente, Napoleón decidió ocupar militarmente España por medio del engaño y de la inexorable ley de los hechos consumados y apoderarse de su monarquía con una maniobra política poco escrupulosa.

Cuando en el verano de 1808 el asunto español se le terminó yendo de las manos, Inglaterra, que por entonces estaba en guerra con España, vio en la insurrección española una magnífica oportunidad para sostener un nuevo frente contra el imperio Napoleónico.

La alianza con Londres fue absolutamente determinante porque dio esperanzas de poder vencer, sin las cuales la insurrección se habría extinguido rápidamente. Además, la condición de España como país peninsular hizo que el dominio de los mares por parte de Gran Bretaña se convirtiera en un factor clave de la configuración del teatro estratégico de aquella guerra. Los imperiales se vieron obligados a dispersar numerosas fuerzas por las extensas líneas de comunicaciones y a lo largo de las costas, mientras que la resistencia de las regiones costeras disfrutó de la ventaja contraria de poder ser fácilmente aprovisionada por mar.

La derrota de Bailén en julio de 1808 y la evacuación de la mayor parte de España por parte de las tropas francesas obligaron a Napoleón a dirigirse a España con su “*Grande Armée*” en el otoño de aquel mismo año, lo que fue aprovechado por Austria para movilizar su Ejército. El Emperador de los Franceses venció a los ejércitos españoles y expulsó al mar a la fuerza expedicionaria británica pero no pudo quedarse en España para finalizar la campaña. Los asuntos internos de Francia y la próxima guerra contra Austria exigieron su presencia en París. En enero de 1809, Napoleón partió de Valladolid a uña de caballo.

Aquel verano Viena fue de nuevo ocupada y las tropas austriacas derrotadas en Wagram. No obstante, tras abandonar Napoleón España y retirar de allí algunas tropas, los ejércitos españoles habían sido capaces de rehacerse una y otra vez, prolongando la guerra más de lo esperado, permitiendo el retorno de la fuerza expedicionaria británica y causando el asombro de Europa. La guerra, con su extrema crueldad, produjo un encanallamiento general de la contienda y llevó a la desmoralización de las hasta entonces intratables huestes del Emperador.

El general Roguet, que mandó una división de la Joven Guardia en España, lo describió en sus memorias de la siguiente manera:

“Las coaliciones y sus ejércitos no habían sido para el Emperador más que ocasiones para nuevos triunfos, y hasta 1808 uno se preguntaba quién podría resistirle. Sin embargo, como todo lo que es humano, una tal fortuna podía tener su término; ella embarrancó delante de un pueblo sin gobierno, sin ejércitos y casi olvidado en el extremo de Europa, pero animado de un patriotismo siempre irresistible. (...) Ese cáncer sostenido por Inglaterra alteró nuestra organización, nuestra disciplina, nuestro prestigio y la entera confianza que nos había valido tantos éxitos; aquel nos recordó la derrota, olvidada desde el Consulado”.

Al prolongarse y encanallarse, la Guerra de la Independencia destruyó los dos mitos sobre los que se sostenía el imperio Napoleónico: la invencibilidad de Napoleón y la imagen del Emperador como libertador de los pueblos de Europa. En Alemania prendió el nacionalismo y el zar empezó a dar claros signos de ruptura. Alejandro I afirmaba: “*si España ha podido resistir durante tanto tiempo, cómo no vamos a ser nosotros capaces de plantar cara a Napoleón, siendo Rusia mucho más extensa y contando con un largo y duro invierno*”.

En 1812 Napoleón Bonaparte puso en pie el ejército más grande que hasta entonces había visto la historia y se dirigió contra su díscolo amigo ruso, dispuesto a darle una lección que esta vez no olvidara. La suerte de Europa y también la de España se decidiría en las inabarcables llanuras del este de Europa. Espoz y Mina afirmaba que la guerra se había ganado en las nieves de Rusia. La realidad es que por aquellas fechas y, sobre todo, después de la caída de Valencia, en enero de 1812, la resistencia nacional estaba empezando a dar claros signos de agotamiento. Pero para entonces la Francesada ya había cumplido con su principal cometido estratégico al devolver la esperanza a los enemigos del tirano corso y encender la mecha de las pasiones que en adelante conducirían a las coaliciones antinapoleónicas hasta la victoria.

España quedó como un teatro secundario que retenía fuerzas y seguía desgastando la valiosa máquina militar napoleónica. La campaña rusa de 1812 se convirtió en una debacle que destruyó la mayor parte –unos 400.000 hombres– de la fuerza imperial que se había dirigido contra Rusia durante la retirada. Inglaterra impulsó una nueva coalición, apoyándola con subsidios económicos. Alejandro I, que consideraba que sin vencer definitivamente a Napoleón no habría paz en Europa, hizo que en enero de 1813, en lo peor del invierno, sus extenuadas tropas cruzaran el Niemen y penetraran primero en Polonia y después en Prusia. A partir de entonces el imperio napoleónico luchó con bravura pero en condiciones estratégicas claramente desfavorables. La estrella de Napoleón se fue apagando.

Por medio de una estrategia de desgaste la Guerra de la Independencia había impedido que la paz reinara en el imperio Napoleónico, obstaculizando que tras la boda de Napoleón con María Luisa, la hija del emperador de Austria, el sistema imperial napoleónico se consolidara. De igual manera la Francesada había desprestigiado al Emperador tanto dentro como fuera de Francia y había terminado por devorar tanto física como moralmente la crema y nata de la “*Grande Armée*”, la formidable maquinaria militar con la que el general Bonaparte se había adueñado del continente Europeo. Como recoge el conde de las Cases en las memorias de Santa Elena, el propio Napoleón no dejaba de repetir: “*La guerra de España ha sido una verdadera llaga, la causa primera de las desgracias de Francia*”.